

sión por la caza le arrastraba, y sólo soñaba, noche y día, en los placeres venatorios.

Abandonó Huberto la corte de Neustria y se reunió con Pepino de Heristal, rudo cazador, que le tuvo pronto en tal estima, que nombró á Huberto mayor-domo de su palacio.

Desde aquel instante Huberto pudo entregarse con frenesí á su pasión favorita; y las crónicas rezan que era un cazador tan diestro, que forzaba una liebre á la carrera y derribaba de un puñetazo á un jabalí.

Existe cerca de Tervueren una capilla, en cuyas paredes San Huberto suspendió más de una vez su cuerno colosal de caza.

Más tarde, Huberto se casó con Floribanda, hija de Dagoberto, Conde de Louvain.

El amor fué vencido por la caza, y Huberto continuó cazando todo el día en los frondosos bosques.

Llegó á tal punto su afición, que sacrificó los días festivos, olvidando el rezo y la asistencia á los divinos oficios.

Tenía un perro favorito, lebre, llamado Souillard. Un poeta de aquel tiempo compuso un epitafio en verso, encareciendo sus méritos y cualidades.

Je suis Souillard le blond et beau chien courant.

*J'ai creu, craint et aymé sur tous aultres, mon maitre,
Autant que fist un chien ne est possible d'estre;
Maintz plaisirs lui ay faictz en plusieurs grands deffaux
Ou il c'estait trouvé par pluyes et par grand chaulx.*

Según un biógrafo, este perro tuvo veintidós cachorros, que cazaban á maravilla los ciervos.

Huberto cazaba, á los treinta años, con un magnífico tren real venatorio, cuando ocurrió el milagro que cuentan las añejas crónicas.

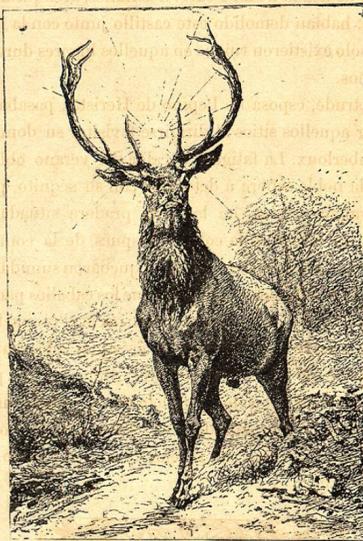
El viernes santo del año 683, Huberto se hallaba de caza en el bosque de Ardenes como el último de los paganos. Su jauría levantó un enorme ciervo de diez cuernos. En el momento en que Huberto tocaba el *alhali*, el ciervo se volvió de repente y se paró.

Entonces Huberto notó, entre las astas del ciervo, una cruz luminosa, mientras que los perros se tendían mansamente en el suelo y el caballo que montaba Huberto se encabritaba sin querer pasar adelante.

Dicen también las crónicas que el cazador oyó una misteriosa voz que exclamaba:—¡Huberto! ¡Huberto! ¿Hasta cuándo perseguiréis sin tregua ni descanso á los animales en los bosques? ¿Hasta cuándo la pasión de la caza hará olvidaros de la salud del alma? ¿Igno-

ráis, acaso, que vuestra misión en la Tierra es conocer y amar al Criador y poseerle en el Cielo?... ¡Si no os convertís, seréis precipitado sin remisión en los infiernos!

En presencia de semejante maravilla, el cazador, tocado por la gracia divina, saltó del caballo; y, prosternándose en el suelo, exclamó:—¡Señor! ¿qué queréis



Ciervo de San Huberto (de un grabado)

que haga?—La voz que acababa de oír le respondió:—Dirigete á San Lambert, y te hará conocer mi voluntad.

Inmediatamente el ciervo desapareció.

Siguiendo los consejos de aquella misteriosa voz, se dirigió al encuentro de San Lambert, en cuya compañía pasó muchos días. El propósito de Huberto era abandonar inmediatamente el mundo; pero el santo prelado le recordó que tenía mujer, á la que había abandonado para entregarse á los placeres venatorios.

Floribanda, mujer de Huberto, murió el año 685, dando á luz un hijo, que se llamó Floriberto. Su padre, en aquel entonces ya Duque de Aquitania, cedió sus derechos á su hermano Eudón, confiándole su hijo, y abandonó definitivamente el mundo, fijando su retiro á poca distancia del monasterio de Audage, situado en el gran bosque de Ardenes, teatro donde se desarrollaron sus principales empresas venatorias.

El cronista Adolfo Happart, monje de la abadía de San Huberto, y que escribió, en 1535, la vida del patrón de los cazadores, explica cómo fué fundado el monasterio de Audage.

Existía en el centro del bosque de Ardenes, no lejos de una vía ó camino romano, un castillo llamado *Ambras*, principal sitio del señorío de Amberloux. Saint-Maternes, Obispo de Tongres, había erigido allí una iglesia dedicada á San Pedro. Los hunos, al saquear las Galias, habían demolido este castillo junto con la iglesia, y sólo existieron ruinas en aquellos lugares durante 237 años.

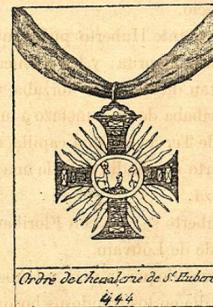
Plectrude, esposa de Pepino de Heristal, pasaba un día por aquellos sitios al dirigirse á visitar su dominio de Amberloux. La fatiga y el calor del verano obligaron á la noble señora á detenerse con su séquito, para tomar algún reposo, en la vasta pradera situada en una de las faldas de la colina. Después de la comida, las personas que la acompañaban quedaron sumidas en el más profundo sueño, mientras que los caballos pacían dispersos en la pradera y avanzaban hacia el vecino bosque. Plectrude se dirigió sola hacia aquel lado, sentándose sobre un montón de piedras. Entonces ¡oh portentoso! vió caer del cielo un billete escrito con letras de oro, que cogió maravillada y con sobresalto; y dió orden de volver grupas, sin revelar á nadie su secreto. De



Venador, dibujado y grabado en el siglo XVI por J. Amman

regreso á palacio, entregó el billete á Pepino, narrándole los detalles de aquel extraño suceso, y Pepino pidió á su limosnero Berégise que le explicase el contenido de aquel billete.

El sacerdote respondió que el lugar en que el billete había caído había sido escogido por Dios para alcanzar la salud de un gran pueblo, y añadió que se hallaba dispuesto á abandonar el mundo para dirigirse á aquellos



Orden de San Huberto (facsimile de un grabado)

sitios para fundar un monasterio. Pepino consintió, y pocos años después se levantaban los sagrados muros en cuyo seno se retiró San Huberto.

Dicen los biógrafos de San Huberto que el monje tuvo violentos deseos, en más de una ocasión, de volver á entregarse á los ejercicios venatorios. Entonces fué cuando se dirigió á Roma, y fué consagrado, por el Papa, Obispo de Tongres, en sustitución de Saint-Lambert, que había sido asesinado.

No entra en la índole de nuestra obra relatar la vida del obispo Huberto, cuyo episcopado duró treinta años, y que murió el año 727.

Por sus virtudes, y por los prodigios que obró, la iglesia tiene á Huberto como uno de sus Santos.

El 3 de noviembre es el día fijado para la celebración del Santo, que merece hoy un culto casi universal. El cuerpo de Huberto, sepultado en Lieja, fué trasportado al monasterio de Andage, que trocó su nombre por el de San Huberto.

La población construída cerca del monasterio creció considerablemente. Las ferias, las profesiones, los mercados, se establecieron de una manera regular, y el villorrio se convirtió en una pequeña ciudad.

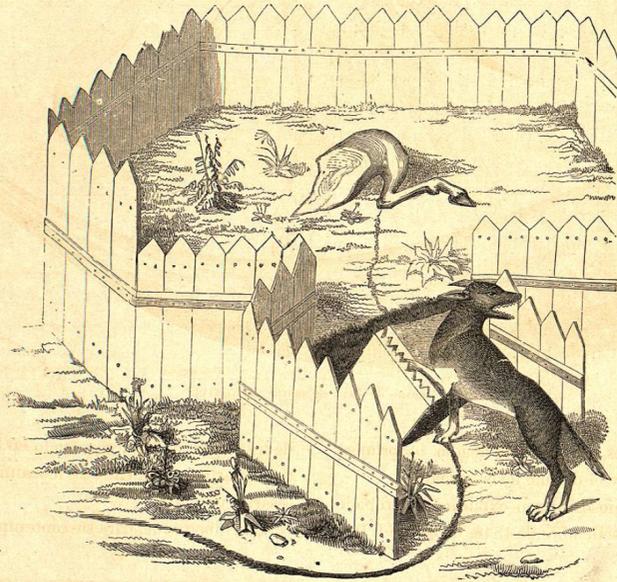
Muchos señores de aquel tiempo escogieron al monasterio de San Huberto para confiarle sus restos; y así se explica el sinnúmero de ricos donativos y los derechos y primicias de caza y pesca que concedieron á sus monjes. No fueron solamente familias, sino provincias enteras las que se pusieron bajo la égida y protección de San Huberto y se comprometieron á pagar una ren-

ta anual á la iglesia. Las compañías de arqueros tomaron aquel santo por patrón.

El monasterio prosperó hasta 1096, época en la cual el Príncipe Obispo de Lieja, Alberto de Brandebourg, persiguió á los religiosos, arrebatándoles todos los objetos religiosos y ricos presentes que habían hecho á la iglesia Luis Le Debonnaire y otros grandes señores. En 1415 tomaron mejor sesgo los asuntos de la Comuni-

dad; en 1422 el Jefe de la Orden se llamó primero *rey*, después *gran venador*, y dos siglos más tarde *gran maestro*. En 1444, Gérard, Duque de Cléves y de Guedre, en memoria de la victoria que alcanzó el día de San Huberto sobre la casa de Egmont, instituyó la orden militar de San Huberto.

Las insignias de la Orden consistían en un collar de oro, adornado con los atributos de los cazadores, tenien-



Artificio para cazar lobos (miniatura del libro Phebus; siglo XIV)

do suspendida una cruz de oro adornada de diamantes, en medio de la cual se veía la imagen del Santo prosternada delante de la cruz que entre sus astas llevaba el legendario ciervo. En los días solemnes, los caballeros iban vestidos de negro á la española. Más tarde, en lugar del collar, llevaron en los vestidos de diario una cinta roja, de cuyo extremo pendía la cruz.

Cuando se recibía un caballero, el abad de San Huberto iba junto al gran maestro de la Orden, título al cual iba anexo el de primer par del ducado de Bouillón.

Para ingresar en la Orden era forzoso ser católico romano, de buenas costumbres, y tener, al menos, cuatro cuarteles en sus escudos. Las señoras de la alta nobleza también podían entrar en la Orden.

Los reyes Luis XIV, Luis XV y Luis XVI fueron

grandes maestros. El capítulo de la Orden tenía, en el archivo de la iglesia, un volumen en cuarto, conteniendo el registro de los nombramientos de las grandes cruces, comendadores, caballeros y oficiales de armas.

Los Reyes de Francia recibían todos los años, en la época de la celebración de San Huberto, de los abades de Audage, seis perros de carrera y seis halcones como testimonio de vasallaje.

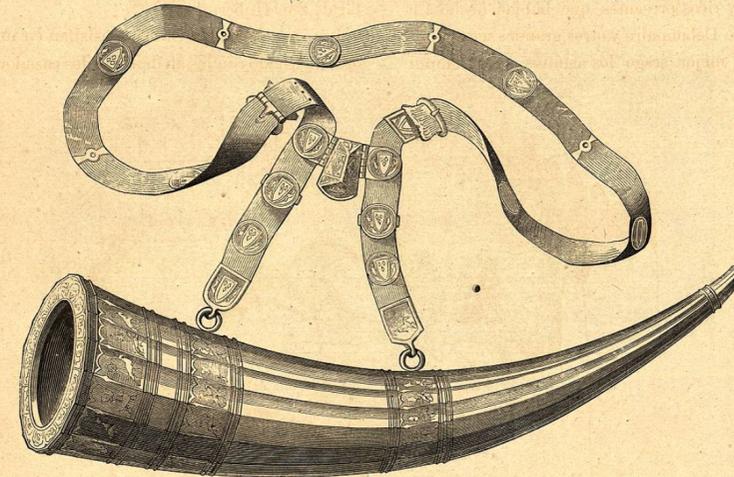
Dos cazadores, portadores de un pliego sellado con las armas de la abadía, se dirigían á la residencia del Rey; y éste, en cambio del presente hecho por los monjes, les entregaba una bolsa conteniendo 300 libras tornesas, y la autorización de pedir en toda Francia, para sostener el hospital donde se recibía á los desdichados atacados de hidrofobia.

Estas costumbres duraron en Francia hasta el año 1790, y Luis XVI fué el último Rey que recibió á los emisarios del convento de Ardennes.

Barras, bajo el Directorio, quiso celebrar el San Hú-

berto; pero, como en aquella época todo lo santo no gozaba de prestigio, se leía en las invitaciones: *Fiesta de Diana*.

Todos los que cazaban en el bosque de Ardennes



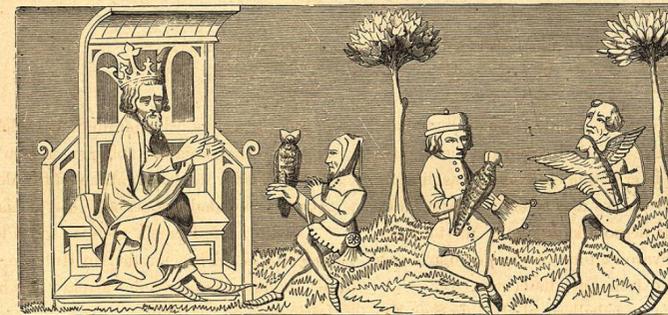
Cuerno de caza de marfil (siglo XIV)

debían entregar á los monjes de la abadía la primera pieza que mataban y el diezmo de las restantes.

En 1793, los religiosos fueron expulsados, y robado su tesoro. En 17 de setiembre de 1848, Leopoldo I. Rey

de los belgas, hallándose cazando en los Ardennes, hizo consignar la iglesia entre los monumentos que era necesario conservar.

San Huberto fué, para sus contemporáneos fuente in-



El rey Modus enseñando el arte de la halconería (del Libro del rey Modus; siglo XIV)

agotable de leyendas y de narraciones maravillosas. La pintura y los poemas han consagrado la famosa visión.

Hoy día en Bélgica se conduce á los perros á San Huberto para preservarles de la rabia.

El día 3 de noviembre, día de tan ilustre patrón, se

celebra una misa en honor del Santo, á la cual concurren un buen número de cazadores.

En 1874, recuerdo haber visto acudir á la abadía gran número de gentes venidas de Namur, de Lieja y de Luxemburgo.